



Nota del autor:

Aquí os presento tres capítulos adicionales a **LA SEMILLA DEL MAL**.

Son capítulos que no son necesarios para el desarrollo de la historia y que no cambian el curso ni el final de esta novela.

No obstante, aportan información adicional para seguir la evolución de alguno de los personajes y de lo que sucedió cuando, por diversas causas, desaparecieron temporalmente de la historia.

El último capítulo nos describe el proceso de creación de uno de los objetos usados en la confección de las batas, pero que en realidad nunca fue utilizado.

Joan Calafell Mach

Madrid, 1961

–¿Has hecho los deberes? –preguntó la madre de Pablo a su hijo.

–Sí, mamá.-respondió con pocas ganas.

–¿Vas a ir a esa fiesta para preuniversitarios que me dijiste?

–No, paso. Me quedo aquí.

–Como quieras, pero te iría bien hace nuevos amigos.

Pablo no contestó. La puerta del piso se abrió y entro Rafael.

–Hola cariño. –La mujer le dio un beso en la mejilla y el correspondió con otro.

–Hola Flora. ¿Pasa algo? Te veo triste.

–Es por Pablo, no sale, se le ve apagado todo el día. Casi no tiene amigos y eso que la gente de la escuela lo ha acogido bien, según me dijo el director.

–No sé si hicimos bien en aceptar mi traslado y venir a Madrid. En Barcelona ya nos iba bien. Me sabe mal por él –dijo el marido.

–De todas maneras, esa chica desapareció cuando las riadas del Turia. Nosotros vimos los cadáveres de los padres. Y la hija desapareció y se la dio por muerta. Aquí o en Barcelona, no podría estar con ella. Y cuando se quemó la escuela y tuvo que cambiar, lo aprovechamos para empezar una nueva vida. Se suponía que lejos de allí podría olvidarla. A ella y al fuego. Fue un incendio horrible.

–Lo sé pero creo que estaban medio enamorados –dijo él

–¿Medio? Cómo sois los hombres. Enamorado del todo. ¿No ves cómo está ahora? Con los ánimos por los suelos. Al menos su rendimiento escolar no ha bajado demasiado.

–No, lo lleva bien, pero... pronto tendremos que volver a Barcelona por todo el papeleo de la venta del piso. ¿Lo dejamos aquí o que se venga con nosotros?

–Que se venga. Aquí no hará nada y allí al menos estará con nosotros. No me gusta dejarlo solo –dijo la madre.

–Decidido, vamos la semana que viene.

La Avenida Diagonal se le hizo interminable y la calle Urgell todavía más. Eran las cinco de la madrugada y no había tráfico alguno. El padre había conducido toda la noche. Los pocos camiones en la calle empezaban un largo día de reparto. El camión de los Donuts le trajo recuerdos sobre meriendas y fiestas infantiles. Aparcaron cerca de su antiguo piso y entraron en él. Estaba oscuro y no había luz eléctrica. Todos los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas y el polvo se había adueñado del lugar. Allí olía a olvido, a una vida dejada atrás.

–Hasta las nueve no viene el de las fincas. Mejor desayunamos algo en el bar de abajo, ¿vale? –dijo el padre.

Flora y Pablo asintieron. Todos bajaron y se dirigieron al único bar que estaba abierto a esa hora, donde un par de personas tomaban un desayuno antes de entrar a trabajar. La madre y el padre tomaron café con leche y un croissant y Pablo un Cacaolat con una pasta. Esa bebida caliente le trajo recuerdos de su infancia. En su cabeza daban vueltas y vueltas las imágenes de los años felices pasados en esa ciudad, sobre todo el último antes de... no, no podía quedarse quieto allí, mirando esa botella de cristal con leche humeante y cacao.

–¿Os importa si me doy una vuelta? Vengo en un rato.

Sus padres se intercambiaron una mirada triste.

–Claro, pero no tardes –dijo su padre con una sonrisa forzada.

–Soy de aquí, conozco la ciudad, no va a pasarme nada. Ya soy mayor de edad.

–Claro, cariño, solo que... –su madre lo cogió del brazo.

–Deja al chico que se dé una vuelta, no es fácil asimilar esta situación –pidió su padre.

Pablo salió de bar dejando medio vaso lleno de Cacaolat. En la calle hacía frío y se notaba que esa noche había llovido. Las calles estaban mojadas y despedían destellos plateados cuando la luz de la luna casi llena incidía en los charcos. “En septiembre siempre llueve”, pensó mientras bajaba por la calle Urgell.

Sus pasos distraídos lo llevaron hacia el centro, el casco antiguo, y sin saber cómo –o sabiéndolo pero no siendo consciente– se encontró en la calle Mercaders. La calle donde los padres de Neus, su amiga, su... tenían la tienda. Él nunca había estado allí, pero cuando se acercó a un local que en la calle tenía un cartel que decía “Tejidos Espinás”, supo que ese era el lugar. El lugar donde Neus había pasado tanto tiempo ayudando a su familia, donde había aprendido a coser, cortar y todas esas actividades que le contaba cuando salían de paseo por la Bonanova, después del colegio.

Pero un detalle le sorprendió. La puerta metálica estaba tirada hacia arriba, hasta una cuarta parte de su altura y de dentro salía un poco de luz. “¿Esto no debería estar cerrado? ¿Quién está aquí y a las seis y media de la mañana? Tal vez lo vendieron o se lo ha quedado el estado”, pensó Pablo con el entrecejo fruncido. El chico no se lo pensó mucho e inclinó su cuerpo y se coló en el interior. El lugar olía a polvillo y estaba en penumbra. Una luz salía por los laterales de la cortina que encerraba a la trastienda. Se dirigió hacia allí intentando no hacer ruido. Por un momento se imaginó que cuando abriese esas cortinas de las que tantas veces le había hablado Neus, la vería allí detrás, sentada con una blusa entre las manos y cosiendo un botón. Sus manos cogieron el lateral de la cortina y con lentitud la apartaron. ¡No es posible, no puede ser!... una mujer estaba sentada en una silla de cáñamo azul con una blusa entre las manos, cosiendo una costura. ¿Neus? No aquella no era Neus, era una mujer regordeta, cabello blanco que daba la impresión de no haber pasado por la peluquería en mucho tiempo. Su rostro mostraba arrugas, unas arrugas que parecían haber salido sin pedir permiso, envejeciendo ese rostro muchos años de golpe.

–¿Hola? –dijo Pablo tras entrar en la trastienda. La mujer levantó la cabeza.

–¿Es usted, don Ramón? ¿Señora Aliberas? –La mujer lo miraba con ojos extraviados.

–Soy Pablo Álvarez, un amigo de Neus.

–Neus no está –dijo ella.

–Lo sé, ¿sabe usted algo de ella?

–Claro, tiene quince años y es muy guapa. Y cose muy bien.

–Quiero decir si sabe dónde está.

–Claro.

–¿Lo sabe? –El chico abrió mucho los ojos y dio otro paso hacia el interior. Entonces notó el olor a rancio que desprendía esa vieja mujer allí sentada.

–Sí.

–¿Dónde?

–¿Dónde va a estar? En su casa. –Miró el reloj de su muñeca. Estaba parado—. A las nueve abrimos la tienda y vendrá con sus padres, don Ramón y su mujer María. ¿Quién eres tú?

–Soy Pablo, un amigo de Neus, ya se lo he dicho.

–Siéntate, que no tardará en venir con su familia.

Pablo se sentó mientras la mujer seguía con su costura.

–Pero... ¿sus padres no murieron en una inundación en Valencia?

La mujer levantó la cabeza. Sus ojos estaban enrojecidos y presentaban unas ojeras muy visibles.

–¿Qué dices, muchacho? El otro día me dieron fiesta y se fueron con su coche nuevo, sí, creo que dijeron que se iban a Valencia, a casa de un cliente, ese de las batas... me dijeron que si se retrasaban yo entrase y empezase a trabajar. Tengo las llaves, ¿sabes? Y eso he hecho.

–¿El otro día? Pero... si fue hace más de un año.

–Yo sólo sé que tengo trabajo y que les espero mientras acabo esta costura.

Pablo miró la blusa que la mujer tenía en sus manos. De color ocre, estaba llena de costuras, una encima de la otra, con hilos de todos los colores. En el suelo, alrededor de la mujer había muchos rollos de hilo vacíos. Muchos.

–¿Está usted bien, señora...?

–Francisca, soy doña Francisca, la costurera oficial de Tejidos Espinás. Y ahora déjame, que tengo que acabar esto antes de que venga la clienta a buscarla esta tarde. Es para una comunión.

Pablo se quedó mirando a esa mujer que sin duda llevaba meses yendo cada día a esa tienda, abriendo y cosiendo esa blusa mientras esperaba la vuelta de los amos del negocio. Esa mujer estaba trastocada. Nadie había sobrevivido a la fuerza del agua. Nadie iría a abrir la tienda al público. Sus padres le habían dicho que se habían encontrado los cadáveres de los padres de Neus y que ella había desaparecido llevada por la riada, tal y cómo había confirmado una de las criadas que se salvó de milagro.

Nadie abriría nunca más esa tienda.

Nadie.

Pablo se marchó dejando a la atareada vieja con sus manos temblorosas intentando dar puntadas con la aguja a una tela a punto de desmoronarse de tantas como había recibido.

Por la tarde, unas personas del ayuntamiento de Barcelona se llevaron a la mujer, que todavía tuvo fuerzas para gritar que tenía encargos que acabar, que su vida era esa tienda. Su vida, que iba a acabar en un sanatorio o en un asilo cuidada por monjas.

Alrededores de Riba Roja del Turia. Valencia.**18 de Octubre de 1957**

Habían pasado dos o tres días.

Pero era como si hubiese pasado una eternidad.

Los dos ciclistas se detuvieron en el puente.

–¡Maldita rueda! Otra vez desinflada. –El payés bajó de la bicicleta y su hijo, que iba en otra igual de vieja, hizo lo mismo. Cogió un inflador y se lo entregó. El padre, cuyo rostro lleno de arrugas mostraba la dureza de un oficio a la intemperie, empezó a inflar la rueda mientras el hijo miraba a la pronunciada curva que el río Turia hacía a sus pies, bajo el puente que lo atravesaba, cerca de donde el río se juntaba con el Arroyo de la Granolera. El chico entrecerró los ojos.

–Padre... ¿eso no es... alguien? –Señaló hacia la tierra cercana al agua.

–¿El qué? –El payés dejó de darle a la bomba de inflado y se acercó a la baranda de piedra del puente. Miró a lo lejos. Sí, su hijo tenía razón, allí había algo que parecía un cuerpo. Acabó de inflar la rueda en un segundo y ambos atravesaron rápido el puente en dirección por donde habían venido. Salieron de la carretera y bajaron a la orilla. Allí, apartando ramas, follaje y todo tipo de restos húmedos de la última y trágica crecida de hacía unos días, apareció el cuerpo de una chica joven, casi una niña. Llevaba puesto un camisón azul y parecía muerta.

Entre los dos la sacaron de debajo de la broza. La chica presentaba un estado deplorable. Una de sus piernas estaba en una posición que no era natural, de su pantorrilla sobresalía una parte de un hueso astillado, y su cuerpo era un mar de moratones, rasguños y algunos cortes profundos, cuya sangre ya había coagulado.

Tenía un ojo muy hinchado y los labios de un color violeta. El payés acercó la oreja a su nariz.

–¡Creo que todavía respira! Ve rápido a casa de los Sánchez y que llamen a una ambulancia. ¡No! Mejor vuelve a la carretera y para un coche. Explícales lo que ha pasado y que pidan una ambulancia en el pueblo.

Nada más llegar a la carretera, el chico detuvo al primer coche que pasó. Tras explicarle la situación, fueron al próximo pueblo y pidieron una ambulancia, que recogió a la chica y la llevó al hospital.

–¿Así que todavía no recuerda nada? –preguntó el doctor a la enfermera que acababa de salir de la habitación 342.

–Nada doctor Climent. Continúa en ese estado. Habla poco y no sabe ni quién es ni cómo ha llegado hasta aquí.

–Pobre chica. ¿La policía la ha visto ya?

–Sí. Ayer estuvieron aquí y hablaron con ella, aunque fue inútil. No saben quién es ni de dónde ha salido. Nadie de los pueblos cercanos al lugar donde la encontraron la conoce ni sabe nada de ella. Tendrá unos quince o dieciséis años, y por el camión que llevaba, que se veía cosido a mano, no es una chica perdida o sin casa. Tiene que tener una familia, alguien que la busque. No entiendo cómo todavía no ha aparecido nadie reclamándola. Aunque la inundación fue impresionante, todo el mundo ha localizado a sus pariente muertos o heridos, aunque se los llevase el agua a cientos de metros, incluso algún cadáver llegó hasta el centro de Valencia.

–Fue horrible. Ya se han encontrado más de cien muertos.

Ambos miraron a la chica, que descansaba en la cama con una pierna enyesada y colgada y el pecho envuelto en gasas por las costillas rotas. Cubierta de tiritas, vendas y apósitos, las heridas físicas iban sanando poco a poco. Las psicológicas no.

–Es ella, teniente, es Neus Espinás, la hija de mi hermana María y de Ramón Espinás. Ambos murieron en las inundaciones de hace meses –dijo la mujer mostrando una foto de familia en la que aparecía la niña con sus padres–. ¿Podremos llevárnosla pronto?

–Claro. Según el doctor pronto le sacarán el yeso y podrá empezar a andar, aunque necesitará recuperación. ¿Tienen un buen hospital en Vic? ¿Me dijeron que eran de Vic, verdad?

–Sí, hay un buen hospital y cuidaremos de ella como si fuese nuestra hija, no se preocupe, teniente.

–Entonces, si se pasan por comisaría esta tarde y traen la documentación que les he pedido, haremos el papeleo para que se hagan cargo usted y su marido. Hablaré con mis superiores para que los trámites sean lo más rápido posible. La chica ya ha sufrido demasiado. Tengo entendido que no recuerda qué pasó.

–El doctor lo llama shock post traumático –dijo la mujer.

–Espero que se recupere pronto. Hasta la tarde, entonces –finalizó el teniente Ramírez y se marchó.

La luz entraba a raudales por la ventana abierta a pesar del frío, y los visillos volteaban al ritmo del viento. La vista era a la Plaza Mayor de Vic, llena de puestos del mercado de los sábados. Un sonido a confusión ordenada entraba a la estancia.

–Esta es tu habitación. ¿Te gusta? –dijo la mujer intentando contagiarle su sonrisa.

La chica se arrimó y miró por la ventana.

–Sí.

La mujer se acercó a su marido, que acababa de entrar en la habitación y traía un trozo de ropa con una aguja con hilo enhebrado en él.

–Hemos pensado que... tal vez esto... –el hombre le alargó el trozo de tela.

La chica se lo quedó mirando unos instantes. Lo cogió sin decir nada, con los ojos tristes. Se sentó en una de las sillas que había junto a una mesa. La silla era de cáñamo azul. La vista de la chica se perdió en la tela. Cogió la aguja y dejó colgar el hilo. Se quedó quieta un largo rato mirando ese hilo que se mecía a la par con la brisa que entraba de la calle. Echó a llorar.

Montaña cerca del volcán Kilaulea. Isla de Hawai.**Diciembre de 1953**

La escalera de piedra excavada en la roca a golpe de pico y pala descendía a las profundidades de la montaña. El aire se iba enrareciendo a medida que el hombre, vestido impecablemente con traje y corbata, profundizaba en su interior. A los pocos minutos llegó a una especie de sala rocosa, una cueva iluminada por unas sombras danzantes de un color rojo anaranjado. Al fondo de la sala transcurría un río que le daba esa tonalidad. Un río de lava del que se desviaba una pequeña parte, que serpenteaba hasta llegar a la base de una especie de crisol, al que calentaba a miles de grados. El hombre extrajo de un bolsillo de su americana un objeto parecido a un puñal de plata. En el filo se veían unas extrañas inscripciones. El hombre depositó el puñal con parsimonia en el crisol mascullando una especie de cántico. A los pocos minutos el metal se derritió convirtiéndose en un mar plateado y espeso, burbujeante. Del mismo bolsillo sacó una piedra preciosa de un color rubí que desprendía pequeñas fulguraciones. La sostuvo en el aire. En su interior se veían pequeños puntos luminosos que se movían con cierta libertad aunque apresados dentro de esa estructura cristalina y, mientras pronunciaba sonidos indescifrables, la dejó caer al mar de plata, donde se fundió casi en el acto dejando un rastro rojizo que el metal engulló con avidez. El aire se enrareció con vapores de un color rosa espeso.

De otro bolsillo sacó una caja rectangular, de piedra dura y blanca y en cuyo interior había una curiosa forma ahuecada en la piedra. Un molde. Dejó la caja en el suelo y, cogiendo el crisol con ambas manos, lo inclinó un poco sin tan solo notar la alta temperatura a que estaba ese recipiente. El líquido plateado salió con pesadez, como si se negase a abandonar el calor de esa cavidad y con lentitud fue llenando el molde de piedra. Cuando estuvo lleno, el hombre dejó el crisol babeando líquido incandescente en el suelo, que se tragó esos restos metálicos por las grietas de la roca.

Tras unos segundos de espera durante los que el líquido se acomodó adquiriendo su forma y consistencia final, el hombre cogió el molde y dio un fuerte golpe con él contra la pared rocosa de esa cueva. El molde se partió en multitud de trozos que cayeron al suelo con un sonido grave y aparecieron dos partes casi idénticas de un objeto de metal brillante, que el hombre levantó en el aire y miró con una fina sonrisa. Después las puso una encima de la otra formando una cruz y apretó un poco con sus dedos el centro de ambas partes, que se unieron entre sí tras un breve fognazo. Mientras hacía esto, una sombra se le acercó por detrás sin hacer ruido, casi flotando. El hombre se volvió y le entregó el objeto que tenía entre sus manos.

–Toma, Irina, guarda bien las tijeras.

